

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Navia, pueblo natal de D. Ramón de Campoamor, se ha inaugurado solemnemente el monumento consagrado a su memoria. Cuando digo *solemnemente*, es un modo de decir. No debieran haber faltado, en esa inauguración, representaciones de muchas cosas que me callo. Campoamor es una gloria refulgente, un nombre que no debiera olvidarse con la facilidad que aquí tenemos para olvidarlo todo. Una mañana nos despertaremos y saldremos por ahí preguntando nuestro propio nombre.

De los poetas del siglo XIX en España, es D. Ramón de Campoamor, para mí, el predilecto, exceptuando honrosamente algunas composiciones de Becquer y varias de Gabriel y Galán. En cuanto a Zorrilla y Espronceda, los considero de otra generación; pero la cronología me desmiente: las *Doloras* son contemporáneas del *Tenorio*.

Cuando conocí a Campoamor, no era él joven: pasaba ya de los sesenta. Mostraba una vitalidad asombrosa, un espíritu infantil. En la primer visita que me hizo, le llamé la atención un medallón que yo llevaba al cuello, y tuve que desabrochar la cadena y enseñárselo despacio. El medallón le inspiró multitud de madrigales graciosos. Más adelante, unos diez años antes de su muerte — falleció de ochenta y tres — empecé a visitarle, porque no podía salir sino a las horas de sol, en coche cerrado, abrigadísimo; no subía escaleras, y se había retirado completamente de la vida social. Pero continuaba joven o más bien niño, como antes, en su humor, y le divertía todo, la charla, una noticia que le llevasen, un artículo que le leyese; y se regocijaba al enviarme cajas de bombones y menudencias gentiles, de las cuales conservo algunas. Era un carácter humano y comunicativo, y al mismo tiempo reservadísimo en lo que se refería a su vida íntima y del corazón, persistiendo en aquella actitud hermética que tomó cuando el Conde de Revillagigedo, abuelo del actual, se empeñó en averiguar a qué desencantos y desilusiones del poeta respondía el nombre de las *Doloras*. En aquel posterior período de su existencia, Campoamor, aunque siempre ameno de trato y aficionado al gracejo, sentía la obsesión escalofriante del próximo fin. Se cuidaba extraordinariamente, temiendo, sobre todo, al enfriamiento, a la emoción. Por eso rehusó lo que de acuerdo conmigo le proponía Romero Robledo: una coronación, público homenaje. «Sería muerte segura», declaró. Su espíritu vivaz, su naturaleza todavía fuerte, sentían el horror de la nada; y si pudiese aquel hombre tan desengañado y a la vez tan prendado de la vida formular un pacto con Mefistófeles, segura estoy de que le pediría lo que le pidió Fausto: el divino tesoro de la juventud.

Campoamor había nacido en 1817 — el mismo año que Zorrilla —, y entre ambos, parece que media un siglo: Zorrilla es un poeta épico, un eco de la tradición, y Campoamor es la musa moderna, con sus dudas, sus inquietudes, sus nostalgias de la fe que no posee, sus ávidas y osadas investigaciones psicológicas, su triste amor del desengaño. Es además Campoamor lo que no ha sido, que yo sepa, ninguno de los poetas españoles del siglo XIX, lo que fué tan sólo Fray Luis, y algunos dramaturgos: un filósofo en verso. A pesar de lo cual, encantó a las mujeres, que no entienden de metafísica, pero que, según el Dante, tienen *intelletto d'amore*. Como Valera, Campoamor hizo recios estudios de Humanidades; y aun cuando no puede decirse que haya seguido los preceptos horacianos, mostró afinidades con el insigne epicúreo, que lloraba, con las suaves lágrimas del deleite, la brevedad de la vida. No hay nadie que menos se parezca a un clásico que el autor de las *Doloras*; pero tampoco hay quien menos afinidades tenga con un romántico. En eso estriba el toque de su originali-

dad, acaso menos apreciada, en vida y en muerte, de lo que debiera ser. Recuérdese que Alfredo de Musset afirmó que nadie procedía de sí mismo, diciendo:

«C'est imiter quelq'un que de planter des choux.»
o sea que, en los actos más vulgares de la vida, seguimos siempre las huellas de alguien. Pero yo me represento, muchas veces, lo que escribiría un crítico extranjero, si en su país hubiese existido un poeta tan inclasificable. En la lírica francesa, por ejemplo, se ve muy clara la filiación de los escritores, y lo mismo sucede en la novela, y aun en géneros didácticos como la historia y la crítica. Cualquiera que sea la originalidad de un escritor, se le hallan precedentes, se habla de precursores. Ningún precursor veo a la lírica de D. Ramón, como no sea D. Ramón mismo.

Su estructura es también muy personal, al menos en España, donde han abundado más los estoicos y los libertinos, que los epicúreos (dando a esta palabra un sentido ni bajo ni material, sino intelectual y hasta sentimental, en cierto límite). Campoamor no conoce esa ascesis que tantas individualidades señaladísimas de España han practicado, alternando a veces con derroches de sensualismo: y baste citar, como ejemplo típico, a Quevedo, autor sucesivamente de la *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, y de las *Jácaras y Letrillas*. En España, lo picaresco y lo místico se dan la mano; lo que no abunda es algo entre estos dos extremos, el hombre que yo llamaría «un griego que ha leído el *Kempis*», y que tiene el dejo melancólico de las aspiraciones espirituales. Y, siempre, en la poesía de Campoamor se me va el pensamiento hacia Salomón, y hacia la filosofía del Eclesiastés. ¡Vanidad de vanidades!

La dualidad, tan moderna, de su condición, la reconocía Campoamor declarando que «su amor a la poesía latina y sus aficiones literarias han podido ser causa de que no gane nunca el cielo». Porque — en su primera juventud —, intentó ser jesuita.

En todo es singular, hasta en la evolución de sus ideas políticas. Campoamor. Primero fué liberal, pero, cuando se hizo liberal todo el mundo, incluso la plebe, «por delicadeza de estómago», son sus palabras, ingresa en el partido moderado, al cual llama «oligarquía de la inteligencia», y en el cual figuraba también otro poeta, amigo suyo, Nicomedes Pastor Díaz. La repugnancia a seguir a la grey, es nota distintiva de un hombre que, si por un lado parece burgués, adentro es poeta, sólo poeta, aunque irreductible al molde común de los otros poetas de su tiempo. En la biografía de Campoamor, nada encontraremos que nos recuerde las desesperaciones, desquiciamientos, infelicidades y falta de adaptación a la realidad que se advierten en otras, en las de Espronceda, Zorrilla, Larra, figuras eminentes del ciclo romántico. Campoamor, lo sabemos, no era de ningún ciclo. Su poesía brotaba más bien de su mente que de su corazón: él lo confiesa, al defenderse de la acusación de plagio, explicando cómo entiende la originalidad, y reconociendo que sus versos son *ideas*, recogidas aquí y allí. Por cierto que la acusación de plagio, dirigida a Campoamor, prueba el estado de atraso de la crítica en España, en aquel tiempo y acaso en todos. Nadie se daba cuenta de este hecho, que es el hecho esencial en Campoamor: que no procede de nadie, y que nadie pudiera seguir sus huellas, aunque muchos con escaso éxito lo hayan intentado (por ejemplo, D. Manuel de la Revilla, al escribir *El tren eterno*). Siempre se pueden seguir las huellas de un autor, en cuanto a *imitarle*; pero los que verdaderamente hacen escuela, los que señalan derroteros, dejan un margen de independencia a quien les sigue. De Campoamor no se podía ser sino esclavo. Discípulo, nunca. Era una individualidad aparte, con un sello propio e inconfundible.

Humorista fino, Campoamor mostraba la mayor complacencia cuando un principiante cándido le leía en voz temblona alguna *Dolora* o algún *Pequeño poema*. Los elogios eran como los que en caso análogo solía gastar Víctor Hugo: un derroche, una copa de miel derramada con pródiga mano, en libación a las Musas. «Es mejor que cuanto hice yo en mi vida, se lo digo sin reparo... Soy ya viejo, y es necesario que alguien venga a ocupar mi sitio... Ya sé yo quién va a ser...» ¡Oh ironía, coraza milanese fría y cincelada y cómo proteges los pechos! ¡Envidiable don, arma irresistible! ¡Mientras la sinceridad magulla el amor propio y lo convierte en veneno, tú, Ironía, diosa del velo gris, das a beber una porción calmante... y, para los crédulos, hasta embriagadora!..

Podía D. Ramón impunemente reconocer por herederos a cuantos jovencuelos se le presentasen, manuscrito bajo el brazo. La herencia se la llevó al sepulcro. Nadie se la había transmitido y a nadie la legó.

Fué Campoamor el primer, iba a decir poeta, y estoy por añadir español, que trató incansablemente de la mujer (pues ciertas diatribas del siglo XVIII no son

estudios, y son probablemente lo contrario). Allá por 1857 ó 58, D. Severo Catalina publicó un libro titulado *La Mujer*, muy mediano y atestado de lugares comunes. Campoamor salió a la palestra, con uno de los artículos más curiosos que produjo su pluma. Porque Campoamor no fué sólo poeta, sino que escribió varios tomos de prosa, a pesar del desprecio en que la tenía, calificándola de «jerga animal del ser humano» y negándole todo valor artístico, especialmente si era prosa galana, o como él decía, «dominguera». En algo andaba conforme Catalina con las ideas de Campoamor acerca de la mujer, pues la considera relativa al hombre, y nada más. Es decir que Campoamor, en su prolongada disección, en sus himnos y en sus rasguños a la mujer, nunca la mira sino como algo accesorio. Y además, suele ser para él la mujer eterno misterio, esfinge eterna (como lo será para cuantos la estudien así, y no como mitad, sencillamente, del género humano). Hay sin embargo que agradecerle a Campoamor que sus observaciones acerca de la mujer vayan muchas veces impregnadas de un respeto idealista, hasta en los pasajes más atrevidos.

Donde mejor se descubre este culto a la mujer en Campoamor, es en sus *Doloras*, *Cantares* y *Humoradas*. Sea que reproduzca los consejos de la anciana a la moza, como en *Cosas de la Edad*; sea que excuse, risueño, a la inconstante, que le engañó, y sostenga la máxima de que «quien vive, olvida»; sea que, todavía más en burla, consuele a la abandonada que a su vez se hartó del idilio; sea que muestre a la pecadora arrodillada al pie del confesionario, haciendo vanos propósitos de enmienda; sea que reconozca, ante la beldad, que las flores que la coronan no son más que ceniza; sea que lamente la pérdida de la rosa entregada en la hora de la despedida; y amuestre el efecto amoroso de la compasión, o excuse la mentira de la que en su balcón cuelga una palma, o encarezca los beneficios de la ausencia consoladora, o compadezca el alma en pena de la enamorada, o pinte el remordimiento y la vergüenza de la caída — se transparenta siempre el fondo de indulgencia, la excusa prevenida y fácil, en la común miseria del amor que pasa, cuando creyó ser eterno e infinito. (Y me apresuro a decir que D. Ramón de Campoamor fué un excelente esposo, y que nadie ha podido tildarle de costumbres desarregladas.) Y en un momento de análisis, en una de sus poesías más prosaicas de forma (es preciso reconocerlo) no puede menos de exclamar, admitiendo la identidad de las psicologías femenina y masculina:

Si a los dos sexos igualo,
es porque infiero con pena
que, si es el hombre algo malo,
es la mujer no muy buena.
Donde las toman, las dan,
asienta un refrán de amor,
y, cual dice otro refrán,
a un pícaro, otro mayor;
a buena fe, mala fe;
a un adelante, un arreádo;
quien más mira, menos ve;
tan bueno es Juan, como Pedro...
Pues hombre y mujer son seres
iguales, con varios nombres,
hombres; ¡lo que son mujeres!;
mujeres; ¡lo que son hombres!

En medio de la consagración de la poesía de Campoamor a la mujer, no se descubre en ella vestigio de pasión profunda, exclusiva. Al contrario: se ve la rapidez de la impresión «todo al vuelo, todo al vuelo» y la gentil viveza con que los lazos se rompen, para volverse a anudar, en frágil cadena de rosas. «Amoroso, nunca amante» parece la divisa de este poeta que casi no ha cantado sino el amor y la desilusión de la vida. Falta en él una nota vibrante, como la del *Canto a Teresa*, de Espronceda, o la de ciertos poemas de Becquer, que tienen un asunto fundado en verdadero sentimiento, hondo, invencible. La «niebla fría» de sus montañas parece helar, de antemano, las efusiones y los gritos personales, en el autor de las *Doloras*. Entre el coro de líricas mujeres que canta en sus versos (la romántica enamorada del tren, la candorosa aldeana «que no sabe escribir» y tantas más), y aunque nos afirme que

del corazón la inextinguible fuente
no se agota jamás;
amé una vez, y dos, inmensamente,
y tres, y acaso más...

tal vez por lo mismo, por este poder de renovación, no hay en Campoamor sino el filósofo, el moralista de este aspecto de la vida. El enamorado, nunca. — No tuvo Beatriz, Elvira ni Leonor, este poeta, que no se parece a otro ninguno, y a quien acaban de alzar un monumento.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.